

XVIII

Después del entierro, Jorge despidió á las criadas y se fué á casa de Sebastián.

Aquella noche el Consejero, muy contristado, bajaba por el Molino de Viento cuando encontró á Julián que venía de visitar á un enfermo. Marcharon juntos conversando de Luisa, del entierro, de la aflicción de Jorge...

—¡Pobre muchachol ¡Aquello sí que es sufrirl— dijo Julián compadecido.

—¡Era una esposa modelol...—murmuró el Consejero.

Venía directamente de casa de Sebastián, pero no había podido ver á Jorge porque se había acostado. Y añadió:

—Es verdad... fui á ver á Sebastián... Fui á enseñarle...

E interrumpiéndose, deteniéndose á cada palabra: —Porque entendí que era mi deber dedicar un tributo á la memoria de la infeliz señora. Era mi deber y nadie me eximirá de él. Y me alegro de haber encontrado á usted, porque deseo conocer su opinión concienzuda y desapasionada,

Julián tosió y preguntó:

—¿Es una necrología?

—Sí, es una necrología.

Y el Consejero, á pesar de "no estimar propio dada su posición entrar en cafés públicos", manifestó á Julián que podían descansar un poco en Tavares si no hubiera mucha gente, y le leería *su producción*.

Entraron. No había en el café mas que dos viejos y el camarero dormitando en el fondo. Una luz intensa llenaba la estrecha sala.

—Hay un silencio propicio—dijo el Consejero.

Ofreció café á Julián y sacando del bolsillo una hoja de papel rayado, murmuró: "¡Infeliz señora!" Inclínose hacia Julián y leyó:

"*Necrologia*. A la memoria de la señora Doña Luisa Mendoza de Brito Carvalho.

*Rosa d'amor, rosa purpúrea e bella,
Quem entre os goiras te esfolhon na campa*

—Es del inmortal Garret.

Y continuó, con lenta voz:

"... ¡Un ángel que subió al cielo! Una flor que se mecía sobre la tierra, hasta que el vendaval de la muerte le arrebató con su inclemente furia llevándola al sepulcro..."

Miró á Julián para solicitar su admiración y viéndole ocupado en agitar su café, prosiguió con fúnebres entonaciones:

—"Detenéos y mirad á la tierra fría! ¡Aquí yace la casta esposa, arrebatada tan pronto á las caricias de su inteligente esposol ¡Allí zozobró, como bajel en el escollo de la costa, la virtuosa señora, que en su risueña naturaleza era el encanto de cuantos te-

Primo Basilio—Tomò II—15

nían la honra de aproximarse a su hogar ¿ Por qué sollozáis ?

— ¡ Un café, Antoni! — gritó con ronca voz un individuo gordo, de chaquetón, sentándose junto a una mesa próxima y dejando con ruido su bastón sobre el mármol.

El Consejero le miró con rencor. Y bajando la voz:

«... ¡ No sollocéis! ¡ Que el ángel no pertenece a la tierra, sino al cielo!...»

— ¿ El señor Guedes estuvo ya por aquí? — preguntó la voz ronca.

El camarero dijo:

— Aun no, señor don José.

— «... Allí — siguió el Consejero — su espíritu entonará loores al Eterno, meciéndose con las cándidas alas. No dejará de pedir al Omnipotente mercedes para derramarlas sobre la cabeza de su idolatrado esposo, que algún día, no lo dudéis, la encontrará en las regiones celestes, patria de las almas escogidas...»

La voz del Consejero se aflautaba indicando aquella paradisíaca ascensión.

— ¿ Y anteanoche estuvo aquí el señor Guedes? — insistió el individuo del chaquetón.

— Estuvo muy tarde, a eso de las dos.

El Consejero sacudió el papel con muda desesperación; por detrás de sus lentes oscuros, fusilaban sus ojos al individuo con desprecio de autor interrumpido. Pero siguió diciendo:

— «... Y vosotros, almas sensibles, verted lágrimas sin perder de vista que el hombre debe inclinarse ante los decretos de la Providencia...»

El interrumpiéndose, añadió:

— Esto es para dar valor al pobre Jorge... «... de

la Providencia. Dios cuenta con un ángel más y su alma brilla pura...»

— ¿ Vino con la muchacha el señor Guedes? — dijo el individuo sacudiendo sobre el mármol la ceniza del cigarro.

El Consejero se detuvo, pálido de ira:

— Debe ser persona de muy baja extracción — gruñó con odio.

El mozo levantó su vocécita detrás del mostrador:

— No; vino con una muchacha de ahí arriba, una delgada, de pelo rizado, con mantón encarnado...»

— ¡ La Lola! — dijo el otro satisfecho, entregándose con voluptuosidad al recuerdo de la citada.

El Consejero se dió prisa:

— «... Por lo demás ¿ qué es la vida? Un paso rápido por la tierra, un sueño vago, del que despertamos en el seno del Dios de los ejércitos, de quien todos somos indignos vasallos...»

Y terminó con esta frase monárquica:

— ¿ Qué le parece á usted? Con franqueza...

Julián dijo limpiándose los labios:

— ¿ Es para publicarlo?

— En *La Vos Popular*, como esquila de defunción.

Rascóse Julián nerviosamente la cabeza, y levantándose dijo:

— Está muy bien, Consejero.

Acacio repuso, buscando el dinero del mozo:

— ¡ Creo que es digno de ella y de mí!

Salieron en silencio.

La noche era oscura; hacía nordeste frío y había llovido. En Loreto se detuvo de pronto Julián y dijo:

— ¡ Me olvidaba! ¿ No sabe usted la novedad, Consejero? Doña Felicidad se retira á la Encarnación.

— ¡ Ah!

— Me lo ha dicho ahora, porque estuve á verla an-

tes de hacer una visita en la calle de la Rosa. Tenía una calenturilla... Nada, la conmoción, el susto. Ella me lo dijo. Mañana se recoge en la Encarnación.

—Siempre conocí á esa señora con ideas retrógradas— dijo el Consejero.—Es el resultado de las maniobras jesuíticas, amigo mío.—Y añadió con melancólico tono de liberal descontento:—La reacción levanta la cabeza.

Julián le dijo sonriendo:

—Qué reacción ni qué... Si es por causa de usted...

El Consejero se detuvo.

—¿Qué quiere insinuar mi noble amigo?

—Sí, hombre; no sé cómo diablos descubrió ella una cosa grave...

—¿El qué? Creame usted...

—Lo que yo descubrí también; que el Consejero tiene en la cama dos almohaditas, no teniendo más que una sola cabeza... ¡Ella me lo ha dicho!

Y riéndose de buena gana y diciendo ¡adiós! ¡adiós!, bajó rápidamente por la calle de Alecrim. El Consejero quedó como petrificado con los brazos cruzados.

—¡Infeliz señora! ¡Qué funesta pasión!—murmuró acariciándose el bigote.

Tenía que poner en limpio la *Necrología*, y entró en su casa. Hasta las once se esparció su hermosa letra cursiva y burocrática, en el augusto silencio de su *Sancta Sanctorum*. Ya acababa, cuando Adelaida con un mantón sobre los hombros dijo con voz acatarrada:

—¿No se duerme hoy?

—Ya voy, Adelaida mía; ya voy.

Volvió á leer bajo. Le pareció que el final no era conmovedor; Adelaida se acercó despacio, y le pasó la mano por la calva; aquel roce amoroso hizo saltar

la idea como una chispa, porque tomó la pluma y añadió:

—“¡Llorad, llorad! ¡En cuanto á mí, el dolor me ahoga!”

Restregóse con orgullo las manos, y repitió alto en tono plañidero:

—“¡Llorad, llorad! ¡En cuanto á mí, el dolor me ahoga!”

Y pasando el brazo por el talle de Adelaida, murmuró:

—Esto hará sensación, Adelaida mía.

Se levantó; había concluido su día, bien empleado por cierto. Por la mañana se enteró en el *Diario del Gobierno* de “que la real familia seguía sin novedad,”; había cumplido un amistoso deber acompañando el cadáver de Luisa á los Placeres en un coche de alquiler; la nómina le aseguraba la paz del hogar; había compuesto una notable prosa, y su Adelaida le amaba. Anegóse con delicia en esta dicha que contrastaba con las sepulcrales imágenes que su pluma escribió.

—La vida es un bien inestimable, sobre todo en esta era de gran prosperidad pública—murmuró y entró en la alcoba con la cabeza alta y firme el paso, llevando en alto el candelero.

Su Adelaida le seguía bostezando: estaba cansada del constipado... y de una hora de placentero amor que gustó por la tarde con Arnaldo, el cajero de la “Lonja de América.”

Próxima la media noche apeábanse dos hombres de un carruaje á la puerta del *Hotel Central*; uno con *ulster* y el otro con pelliza. Al mismo tiempo paró un ómnibus cargado de equipajes.

Un criado alemán que hablaba con el portero los reconoció y quitándose la gorra, exclamó:

—¡Señor don Basilio! ¡Señor vizconde!

El vizconde Reynaldo, que calentaba los pies contra el suelo, gruñó dentro de su pelliza:

—¡Ya estamos otra vez en la pocilga!

—¡A aquella horal

—¿A qué hora quería usted que llegásemos? ¡Doce horas de retraso! ¡Una bagatela! En Portugal es poca cosa...

—¿Hubo algún accidente? — preguntó solícito el criado mientras subían.

—El accidente nacional! — contestó Reynaldo dando furioso patadas. ¡Descarrilamiento! Estamos aquí por milagro "¡Abyecto país!

Desahogaba su cólera con el criado, como antes

« las piedras de la calle, tanto era su exceso de bilis.

—¡Hace un año que pido á Dios que mande otro terremoto! Leo á diario los partes... y nada. Un ministro que cae; un aristócrata que se levanta, pero nada del terremoto. El Omnipotente hace oídos de mercader á mis súplicas y protege al país, porque tan bueno es el uno como el otro.

Cuando el criado le dijo que sólo había desocupada una sala y una alcoba con dos camas en el tercer piso, la cólera de Reynaldo no tuvo límites.

—¿Vamos á dormir en el mismo cuarto? ¡Se ha figurado usted que el señor don Basilio es mi querida! ¿Está todo ocupado? Pero, ¿quién diablo se acuerda de venir á Portugal? ¿Extranjeros? ¡Lo que más me carga!...—Y añadió encogiéndose de hombros:—Les atrae el clima, ese prodigio nacional. ¡Un clima pestífero!... ¡No hay nada tan cargante como un buen clima!

Reynaldo venía á vender su última propiedad, y le acompañaba Basilio para terminar un enojoso asunto. Y no dejaba de rumiar:—¡Ya estamos metidos en el chiquero!

Basilio callaba. Desde que llegó á Santa Apolonia, los recuerdos del *Paraiso*, de la casa de Luisa, de toda la novela del verano, comenzaron á revolotear junto á él y á atraerle de modo particular. Fué á recostarse contra los cristales. La luna fría y livida corría entre nubes; á veces una red luminosa caía sobre el agua y la iluminaba; luego se apagaba todo; vagas sombras se dibujaban en la obscuridad y algún farol de buque brillaba friamente.

—¿Qué hará ella á estas horas?—pensaba Basilio —¿Se acostará?...

¡Qué poco podría suponer que él estaba allí, en el *Hotel Central*!

Ĉenaron. Basilio llevó la botella de cognac á la cabecera de la cama y con la cara llena de polvos de arroz y la camisa abierta, gozaba de una comfortable laxitud.

Sonrió y su mirada vagó por el techo; ciertos recuerdos de la belleza de ella, de su enamorado temperamento, le sumieron en vaga voluptuosidad.

—¡Qué diablo—se dijo— es una linda muchacha... vale la pena!

Bebió una copa de cognac, y á poco dormía profundamente. ¡Era media noche!

A aquella hora velaba Jorge, y sentado en una silla, inmóvil, sollozando á ratos, se acordaba de ella; Sebastián lloraba abajo en su cuarto; Julián tumbado en un sofá de la Casa de Socorro, leía la *Revista de Ambos Mundos*; Leopoldina bailaba en una *soirée* de los de Concha, los demás dormían. Y el viento que barría las nubes y agitaba los mecheros de gas dentro de los faroles, movía tristemente un árbol plantado sobre la tumba de Luisa...

A los dos días buscaba Basilio en Rocío, por la mañana, un cupé decente. Pinteos le vió desde lejos y arreó los caballos.

—¡Aquí está Pinteos, señorito!

Parecía encantado de volver á ver al señor don Basilio.

—¡Allá arriba, á Patriarcal, Pinteos.

—¿A casa de la señora? ¡A escape, señorito!—dijo subiendo al pescante.

Cuando el coche paró á la puerta de Jorge, el señor Paula salió á la calle, la estanquera se asomó y la criada del doctor se puso de bruces en la ventana, todos enfilando la vista.

Basilio tiró de la campanilla un poco nervioso; esperó, mordió el cigarro y volvió á llamar con fuerza.

—Las ventanas están cerradas, señorito—dijo Pinteos.

Basilio se puso en mitad de la calle; las maderas estaban cerradas y la casa tenía aspecto de mudez.

Basilio se dirigió al señor Paula.

—¿Están fuera los señores que viven ahí?
—Ya no viven—dijo Paula con tristeza y acariciándose el bigote.

Sorprendido Basilio, preguntó:

—Pues, ¿dónde viven?

El señor Paula á su vez preguntó á Basilio:

—¿Es usted pariente?

—Lo soy—contestó sonriendo.

—Y... ¿no sabe usted nada?

—¿Pero qué, hombre de Dios?

El señor Paula se rascó la cabeza y murmuró:

—Pues siento decírselo... ¡La señora murió!

—¿Qué señora?—dijo Basilio poniéndose lívido.

—La señora... doña Luisa, la mujer del señor Carvalho el ingeniero. El señor don Jorge está en casa de don Sebastián, allí, al final de la calle. Si quiere usted ir...

—¡No!—dijo Basilio con rápido gesto. Los labios le temblaban un poco.

—¿Pero... cómo fué?

—¡Una fiebre! En dos días se la llevó.

Basilio se dirigió al coche lentamente, con la cabeza inclinada. Miró una vez más á la casa, y cerró de golpe la portezuela. Pinteos dirigió hacia la Baja.

El señor Paula se acercó á la estanquera:

—No le ha dolido mucho... ¡Señoritos! ¡Canalla!—murmuró.

—Pues yo no soy parienta—dijo la estanquera—y todas las noches la rezo dos Padrenuestros.

—Y yo—dijo suspirando la carbonera.

—¡Pues la servirán de mucho!—dijo el señor Paula alejándose.

Estaba en aquel tiempo muy amargado. Vendía poco y las muertes ocurridas en la calle, le habían hecho desconfiar de la vida. Cada día detestaba más á los curas y todas las noches leía *La Nación* que le

prestaba Acevedo, apartando los ojos rencorosamente de los artículos devotos que le empujaban al ateísmo y el disgusto por la cosa pública le inclinaba hacia la *Commune*. Como él decía: "Todo era una porquería."

Seguramente empujado por este sentimiento, volvió á la puerta del estanco y dijo lúgubrementemente á las vecinas:

—¿Saben ustedes lo que es esto?

Y hacia como un ademán de abarcar el universo. Las miró luego airadamente, y pronunció esta frase snprema:

—¡Un montón de mierda!

Al bajar por la calle Alecrim, vió Basilio al vizconde Reynaldo en la puerta del *Hotel Street*. Mandó parar y le dijo:

—¿Sabes lo que ha pasado?

—¿Qué?

—Murió mi prima.

—¡Pobrecilla! — murmuró Reynaldo exquisitamente.

Bajaron del brazo hasta llegar á Anterro. El día estaba espléndido; corría un frío sutil; en el aire flotaba la luz del sol y en ella se destacaban suavemente las casas, los árboles, los palos de los buques; los sonidos vibraban con alegre tonalidad; el río brillaba como fundido metal; el vapor de la carrera de Casilhas soltaba chorros de humo que tomaban luego blanquecino color y las colinas del fondo pulverizaban la luz en sombra azulada, en cuyo fondo se destacaban las silenciosas casas de campo.

Mientras andaban, iba Basilio hablando de Luisa.

El delicado vizconde se lamentaba de que aquella pobre señora hubiera muerto con un tiempo tan her-

moso; pero en resúmen, siempre encontró absurdas aquellas relaciones.

Porque, en fin, siendo francos, ¿qué tenía aquella prima? *No quería hablar mal de la pobre señora*, que estaba en aquel horror de Placeres, pero era cierto que la faltaba *chic*; iba en carruajes de alquiler, usaba medias de algodón, casó con un empleado, vivía en una casucha, no tenía relaciones decentes, jugaba á la Lotería y andaba por casa con zapatillas de orillo. No tenía ingenio, no tenía *toilette*, ¡qué demonio! ¡era un saco vestido!

—Pero para un mes ó dos que estuviese en Lisboa... — murmuró Basilio con la cabeza baja.

—Bueno, para eso bueno... ¡como higienel — repuso desdefiosamente Reynaldo.

Siguieron en silencio. Rieronse mucho de un señor que pasó guiando con fatiga dos caballos negros. ¡Qué faetón! ¡Qué estilo! ¡Sólo en Lisboa!...

Cuando llegaron al fin de Anterro, dieron vuelta, y el vizconde Reynaldo dijo acariciándose las patillas:

—De modo que estás viudo.

Basilio sonrió resignado, y dando con el bastón fuertemente sobre el suelo, exclamó:

—¡Qué fastidio! ¡Podía haberme traído á Alfonso!

Y marcharon á tomar Jerez á la "Taberna Inglesa".

FIN

